

# césar moro

## relato

### LA SOMBRA DEL AVE DEL PARAISO

(Traducción: E. Rivera Martínez)

Y yo repetía en sueños: "Cuán hermosa era". Hermosa hasta confundir los árboles con las nubes, la lluvia con el ave del paraíso, y el árbol del ave del paraíso con una mano posada para siempre sobre la tierra. La tierra no era ya laborable sino vastamente un simple olor de tierra al acercarse la tormenta, y tenía por cierta al ave misma. En su leve sombra saltaban unos minúsculos fuegos fatuos que traían sin cesar a la memoria el nombre adorado y victorioso, tu prodigioso nombre de langosta negra exornada de diamantes o caprichos de sangre todavía caliente. El amor había acabado; abatido en territorio enemigo no pensaba ya en defenderse, como hendido en cuatro, y todo el oro del mundo no habría prevalecido sobre su hálito exhausto pero vencedor. Un hilo de sangre muy fino corría de sus sienes o de un árbol en forma de amor (no puedo acordarme); y solamente una reja evocaba nuestra tardía permanencia en el mundo. Era de noche, un sol atrasado reingresaba dulcemente en su negra concha. El viento abrumado de injurias se veía muy mal entre los helechos desenfrenados y obsesivos, portando cada uno cintas de colores menos que discretos; cada uno había dormido fuera la noche precedente, por lo cual se mostraban ojerosos, como se supone deben estar las muy bellas prostitutas en busca de carbones y otras vanidades al día

siguiente de sus nupcias con el diablo disfrazado de apuesto mozo de carnicería. Mas ella era hermosa, tan hermosa que los gatos aullaban y se lanzaban al agua ante su tranquilo paso, tal como la actividad de una ametralladora del modelo más perfeccionado. Había tigres en todas las ramas y escupían bellas coronas de perpetuas en sangre caliente, goteante, retenida por telas de araña frenética y atacada por convulsiones de primer grado. Bellas convulsiones que os sacuden hasta los fundamentos sin dejar traslucir nada, excepto una pequeña marca azulada y verduzca, según la disposición vertical u horizontal del espectador asido a una de las ubres enormes de un hipopótamo hembra disfrazado de ternera cubierta con oro ardiente, un oro líquido tan semejante, que uno podría equivocarse, a la más hermosa mierda del mundo antiguo. A los cautivos no les importaba ello en absoluto, y continuaban tejiendo sus trenzas, aullando de vez en cuando, dulcemente, para renovar su virilidad desfalleciente al aproximarse el crepúsculo, encaminándose rápidamente a su punto capital, fácil de reconocer por toda clase de quejas que a esa hora exhalan los más feroces tiburones en serenidad majestuosa, plena de una tan conmovedora dignidad erótica y ampliamente diáfana y tomasolada como corresponde a los carniceros de aguas primeras. Ningún ruido en torno a la caída de lágrimas de un tamaño inusitado, lágrimas centenarias que se acumulaban por la fuerza del espíritu muy por encima de las ciudades ya abandonadas felizmente, solitarias y lúgubres en extremo. El más pequeño de los niños habría podido circular en medio de bellas avenidas sin hacerse atropellar ni verse expuesto a las miradas más o menos inocentes de los adultos, ni temer sus caricias plenas de ese venenoso placer que destila hasta la punta de los dedos un perfume inolvidable y divinamente malsano en las relaciones de los adultos con los niños más adorablemente perversos que víboras de primer veneno celeste. La noche maullaba como una gata mientras su macho desconocido la acosaba con las más agradables e inmundas caricias; arrastraba ella por el suelo una fértil cabellera, y extendida cuan larga era, ocultaba los cuerpos retorcidos en el éxtasis de ofidios sodomizando las más bellas tortugas de caparazones color de tierra seca. Un ruido continuo de agua corriente impedía vendar, un deseo insostenible de llorar oprimía la garganta con follaje y rocas para la interminable caída de un suicidio sin fin. Debía comenzarse de nuevo, olvidando cerrar las puertas un jabalí arrastraba los retratos de familia y una imagen, la más apreciada de todas, imperaba entre sus cuernos color de loza. Los limones pedían la ayuda inútil del viento para caer justamente sobre el sexo de una mujer absorta bajo un árbol móvil y parlante, que la

amenazaba con todos los nombres que dicta la ternura: "Ven, mi victimaria, ven a escuchar mi sangre que hierve para tomar así el nombre de savia, ven alcaloide mío, caduco y ebrio, a comer mis raíces terrosas y llenas de hormigas; los leones frotan su corteza contra mi piel rugosa, tú puedes desenredar tus pelos con los relieves de mi corteza; oh asesina, concede tu piel y cuelga tu cabeza de durmiente en mis ramas cubiertas por los más leves excrementos de pájaros. He soportado una noche entera el cadáver del pájaro más conmovedor que existe en el mundo y vive en el mar: una tortuga velluda como un ángel pasó toda la noche bajo mis ramas, la noche de su muerte en el aire y de su entrada en las olas que la respetan como madre de toda magnitud de movimiento que pueda exhibir el mar".

De rato en rato un suspiro violento como una piedra atravesaba la obscuridad; ciertos seres hilaban su última noche sin estremecerse antes de arrojarse con una honda esperanza de reposo bajo el paso apagado de una locomotora nocturna. Nada sino una sonrisa en la naturaleza, la tierra sentía abrirse su vientre, y algunos hombres, presa fácil del insomnio, declaraban con los ojos abiertos haber escuchado algo como una prolongada caída en lo más recóndito de su humoso cerebro; y nadie pensaba ya en el pasaje misterioso de la marta doble del amor. Dejaba ella colgar sus entrañas y decía a quien quería escucharla: "Mi esposa era bella, pero un día cayó su moño al suelo y la tierra retrocedió presa de espanto; he debido morderla yo misma con todas mis fuerzas, sin lo cual se habría quejado todavía de la variabilidad del tiempo y de los accidentes imprevistos que os decapitan una marta o una golondrina, transformándolas súbitamente en colchoncitos para enfermos de la vejiga; colchoncitos excelentes para el tratamiento de la orina megalómana, si se toman los colchoncitos de golondrina, y solamente los colchoncitos de golondrina, mezclados con piedra en polvo y pimienta salpicada con algunas gotas de sangre de perdiz. Ninguna respuesta podía levantar su moño de piedra, heme pues viudo del moño y sin poder cubrir ya a mi adorada mujer del moño ligero y abatiente". La marta debió alejarse seguida por una horda de monos que se masturbaban sin pausa y sin querer oír otra historia que la del zapatero y de su mujer que fueron encontrados asfixiados y atados al pie de su lecho nupcial.

A decir verdad nada podía hacerme llorar más que la aparición brusca de este caballo vacío, portaba una espuela luminosa sobre la frente, y su andar desarrollaba una leyenda: "No toquéis a los muertos, su espuma es más pura que mi sombra sobre

la tierra; adiós troje divino y adorado en edad remota. Yo parto, mas tú volverás a encontrar mi relincho como una flor tenaz en el fondo del cubo que te sirve de sombrero. ¡Adorado sombrero abandonado! todas las desventuras me persiguen desde que no veo la torre puntiaguda de la ventana que yo había abierto, con ayuda de una de tus uñas, a lo largo de mi pecho. Adiós ventana amada, olvida incluso las cenizas de tu tierno caballo, adiós caballo, y tú, más profunda que la mirada de una nutria reseca, adiós, veneno de mis noches. Quiero, sobre mi tumba, esta inscripción: "Un caballo que se extravió en el bosque en una mañana más despejada que de ordinario. Escupid sobre él, sobre todo tú, escupe hasta perder el conocimiento: yo no soy más que un caballo pero mi ventana está abierta y tu saliva es pasto de las estrellas. ¡Escupe, estrella fugaz! Luego de la aparición del caballo y de su leyenda todo el mundo cayó en una terrible melancolía, sin saber si se debía atribuirle a la aparición del caballo o al ruido armonioso, escuchado algunos minutos antes, de la risa feliz de dos muchachas a las que acababa de arrastrar la corriente; no obstante, todos estuvieron de acuerdo en participar de la pena que, como una culebra, se insinuaba por doquiera.

Nada sensacional turbó nuestro reposo, todo era sereno, como si la tierra no hubiera sido más que un inmenso avispero, un nido de escorpiones donde el más dulce de ellos os escupe al cerebro después de haber orinado largamente a lo largo de vuestro camino. "Vete, podrido, vete. La tierra debe borrarle de entre los vivos; escupo sobre ti y sobre tu progenie de larvas". Y acompañando la palabra con los gestos peó y escupió. Pero la hembra del canario que había oído todo comenzó una canción reprobatoria muy adecuada para condenar la fea acción de la escolopendra malhechora: "Oh tú, escorpión querido, ¿por qué arrojar tu saliva sobre semejante basura, escupe sobre mí, escorpión de adelgazados dientes, sodomitas, escupe sobre mí escorpión. . . Aunque hembra de un verdadero canario te maldigo con toda mis fuerzas y la melodía de mi canto te perseguirá hasta que advenga la muerte. ¡Triste zorro castrado, sin aliento, escorpión vete!" Yo permanecía allí, no sabiendo a qué atenerme, lo cual, visto por la alondra, mereció otra canción, muy a propósito: "Raza de perro, ¿qué haces allí con tus piernas semejantes a dos escalas muertas, dónde vas con tus piernas, dulce comedor de inmundicias? Si el escorpión escupe sobre ti, yo escupo sobre la puta mujer del cornudo y castrado del canario, vieja puta que corre tras los excrementos de todos los animales, cochina burguesa, y tú, más cochino aún, pues has soportado su canto sin lanzarte sobre ella y violarla, pues he visto en tus ojos el

deseo de revolcarte con ella. ¡Que las ladillas no te concedan tregua en tus noches de loco lúgubre! ¡Vete, podrido! “Después de haber agradecido con la más brillante de mis sonrisas la brillante defensa de la alondra, continué mi camino babeando a diestra y siniestra con la esperanza de formar una estatua de sal o una bañera portátil, pero en vano: unos conejos se precipitaban inmediatamente sobre mi saliva y en un abrir y cerrar de ojos borrraban toda huella de bañera o de diccionario portátil, y desaparecían en seguida no sin reír so capa de mis eruditas preocupaciones de contar con una bañera portátil o un espumador automática. Pero nada podía consolar mi atroz pesadumbre: había comido de mañana algunas hojas embriagantes y me encontraba en un estado cercano a la vulgaridad más ordinaria, y sentía un deseo muy fuerte de beber sangre de víbora o tragar una avispa encinta, o danzar con anteojos atados a las muñecas, mientras una música de latas de sardina me acosaría sin cesar: “Abre tu nido, sucio estiércol, escupe tu oro”. A duras penas conseguía calmarme cuando un viento de la última insolencia se desencadenó derrumbando mis últimos proyectos; a duras penas pude protegerme de una lluvia naciente pero de tenacidad ejemplar. Así mojado de sangre como estaba, no quería ni una gota de ella, venida quién sabe de dónde. Chorreaba ella sin vergüenza y alcanzaba a clasificarse entre los fenómenos estúpidos y regulares que constituyen el único e insípido alimento del hombre que sabe vivir dueño de su educación distinguida y coja. Luego de mojar su pañuelo en un poco de lodo y de enrollarlo en torno a mi frente, continué mi camino en pos de tranquilidad o de una sacudida correcta. Apenas había avanzado unos kilómetros cuando una sanguijuela saltó tratándome con todos los nombres que su imaginación de sanguijuela le permitía; tan pronto me llamaba “casa querida”, como decía que yo era “el último de los elegantes”, y continuó, más o menos, con este tono: “Di, pues, tú, víctima tierna de la esencia, tú, último de los elegantes, claro espejo donde bailan las sanguijuelas, ven a enlodarte en mi agua, pedazo de tierra ambulante; ¡si no será vergonzoso ver a semejante patriota llevar calcetines, como un vulgar cretino! Ve a arrojar tus calcetines al rostro de la reina de España, ella te dará una de sus hijas, que tú me traerás, caro y paralítico general, de muletas de paja, sostén del lodo, cabrón desocupado, docto energúmeno, me gustas, pero más me gustaría babear sobre el trono de España”. No pudiendo aguantar semejante vecindad, resolví modestamente pasar allí la noche sin escuchar semejantes propuestas, que habrían tenido la ingrata ventaja de conducirme a las cumbres más altas de la fama humana. Pero entonces yo confundía la gloria con una

planta que se cultivaba exclusivamente en los burdeles, y ya que no había poseído jamás alguno, no sabía cómo conducirme. La sanguijuela, muy vejada, cogió una hoja podrida y me dijo con languidez: "He ahí tu manta, oh rey mío, que la noche te sea dulce y que todas las chinches del mundo no logren recordarte que sufres hambre; salvador de la especie humana, viñedo (grand cru), idiota mío, adorado y maldito". "Duerme, panoplia", fue mi última y única respuesta.

Instantes después era yo huésped mimado por las chinches que me hallaron tan poco apetitoso que prefirieron un viejo hueso que ornaba por descuido mi sombrero de viaje; así, aprovechando la ocasión, me puse a meditar en la inutilidad de los viajes y la vulgaridad de las gentes que poco a poco os confinan en la amistad de las únicas trivialidades a las que puede ceder un hombre que no tiene costumbre de chuparse el puño.

¡Trueno de Dios! Las chinches adoptaban aires místicos y discutían interminablemente sobre temas palpitantes: la inmortalidad de las pieles vacías de las chinches, la poesía pura y la belleza de las formas; si la cumbre era o no suficiente para producir el encanallamiento progresivo e irremediable de las masas de liendres; o si el alejandrino iría a tomarse un desquite resaltante en los tiempos futuros. Pero nada les causaba el efecto de una poesía bien lograda, con todas sus sílabas, sin faltar ninguna, y exhalando ese olor particular que exhalan los poemas bien hechos.

Lo que no llegaron a desencadenar mis compañeros de camino se produjo solo: comencé a reír mientras que mi meato lanzaba un chorro inagotable de orina, que tomaba tan pronto la forma de un alejandrino, como la de un soneto, y todas las chinches venían a saludar quedamente mi orina y decían en alta voz: "Una nueva edad de oro empieza, se nos ha dado benevolmente un chorro de sonetos por el arte redescubierto y renaciente. ¡Viva el arte! ¡Viva la forma de cicuta de los versos inmortales!" Cuando dejé de mear, el chorro de sonetos seguía descendiendo a mis pies; presa de horror huí, con toda la fuerza relativa de mis piernas, de esos funestos lugares en donde se me había tomado como iniciador de una nueva edad de oro. A pocos pasos de allí, una serpiente de cabeza humana blandía una lira y un par de tijeras: venía a establecer orden entre las chinches desbordadas por rimas y sonetos; se temía la anarquía, y el chorro debía seguir un camino fluido pero espeso: un camino pegajoso.

México, 17-1-39.